

reconocer que será culpa de la falta de fe, ó de la falta de virtud, ó del egoísmo, pero no se recolectaría por otros medios ni la décima parte de lo que por éstos se recolecta. ¡La necesidad! ¡Qué doctora tan irrefragable! Nadie le enmienda la plana. Y las fiestas benéficas pululan; quizás hemos pasado de extremo á extremo; en primavera, especialmente, no transcurre semana sin beneficio, *cine*, baile, corrida, tómbola ó cualquiera otra manera de sacar dinero para los pobres suavemente y á estilo de recreo.

* *

Naturalmente sucede lo que tiene que suceder: á medida que se multiplican las diversiones de beneficencia, disminuye el producto de cada una. Las mismas damas organizadoras de las fiestas lo reconocen, con algo de desaliento. «¡Hay demasiadas cosas!» Y necesitan aguzar el ingenio, afinar muchísimo la puntería para hacer blanco. La gente se escurre, ejercita una gimnasia defensiva, reduce los donativos; y la organización de alguna de estas fiestas reviste el interés de una escaramuza, el atractivo de una cacería, el carácter semicientífico de un cálculo de probabilidades.

Las más fáciles de organizar y de llevar á feliz término son las funciones de teatro, á beneficio de tal ó cual Asilo ó Asociación. Se trata sencillamente de ir al teatro una noche más, y muy desgraciada será la señora que no reuna relaciones suficientes para llenar un teatro una noche. Tampoco presenta dificultad el animar un cinematógrafo, y sin gran esfuerzo se expenden los billetes de un baile. Lo más arduo son las tómbolas y *kermesses*. Reunir objetos suficientes y convenientes para el fin de atraer al público y que compre papeletas; y atraer después á ese mismo público que ha de comprarlas..., ¡qué empresa! De cien cachivaches que se envían con destino á las tómbolas, noventa y ocho pertenecen á esa categoría mal definida que, en los programas de Juegos Florales, recibe el enfático nombre de «objeto de arte.» Rara vez los bronces son bronces y las porcelanas porcelanas; la calamina, la hojalata, la tierra francesa, triunfan en toda la línea. El mal gusto se desborda, y los barómetros, termómetros, aparatos de luz fantásticos y «juguetes» de tocador predominan con aterradora abundancia, inspirando el deseo de preguntar: «Y esto, ¿para qué sirve?» Nunca falta la pareja de negritos de yeso pintado, envueltos en sus tocados de rayas y adornados con sus arracadas, colgantes y collares de amuletos en que la purpurina se derrocha insolentemente. Tampoco pueden omitirse las dos «figulinas» de falso Sajonia, la pastora con una pierna en el aire y el pastor con una flauta eternamente pegada á los labios. Menos faltará el aparato de luz eléctrica sostenido por un angelote. Todo ello hace, á primera vista, el efecto de un bazar; pero cuando se aíslan los objetos y cada uno marcha por su lado, es peor: yo he oído mil veces, ante esos cachivachillos, decir con desdenosa risa: «Esto te habrá tocado en una *kermesse*...»

* *

El día en que las *kermesses* y tómbolas rifasen cosas verdaderamente útiles, paraguas, sombrillas, cacerolas, jabones, pastillas de sublimado y libras de te ruso, ¿qué sucedería? ¿Acudiría la gente con doble asiduidad, ó por el contrario, saldría huyendo más de lo que ahora huye y murmurando más de lo que ahora murmura? Yo de mí sé decir que encontraría excelente la idea. Nuestra civilización va por el camino de la utilidad; pero aun cuando fuese por el de la estética, como no hay cosa peor que la estética falsificada, la pseudo estética de los bazares, siempre deberíamos preferir un corte de blusa ó una máquina de corchar botellas, á la pastorcita del pie en el aire y al Nelusko de *Santi boniti*. ¡Oh, ese Nelusko, y su congénere el negrito vestido á lo tío Sam, tocando el violín ó apurando el cigarro, mientras por medio de otro mecanismo revuelve los ojos é inclina la cabeza! ¡Oh, la damisela modernista verde claro, con caballera color de zanahoria, de legítimo yeso también, que representan el arte y el idealismo, en bastantes hogares, y á veces no de los más modestos!

* *

Volviendo á las tómbolas, diré que acaba de verificarse una, de las muy suntuosas y aristocráticas, en el palacete de la Exposición de Industrias del Retiro. Este edículo es bonito y alegre, y estaba fastuosamente decorado con tapices de la Casa Real, de esos tapices que ya han adquirido suavidad sin perder del todo su brillante color, sus rojos prelatiosos y sus azules de turquesa. Dondequiera que se tien-

den esos radiosos tapos, y cubre las paredes esa serie de figurones majestuosos, de la fábula y la leyenda, adquiere todo un tinte de solemnidad y lujo grave, que seduce al artista. Así estaba nuestro pabellón en París, durante la Exposición de 1900, y aunque desnudo de cualquiera otro atractivo, con sólo los tapices tenía bastante para ostentar regio señorial y magnificencia; para dar cumplida idea de lo que fué nuestro pasado. En el palacete del Retiro, guirnaldas verdes se enroscaban á las columnas, y el suelo del salón de baile lo recubría una estera ó petate de Manila, muy sutil y delicado. El baile de beneficencia fué sumamente agradable, porque no hacía ni asomos de calor: en esta época del año, toda fiesta en local cerrado es insostenible, si no se resuelve bien el problema de la temperatura. Al baile asistió la corte; á la tómbola concurrieron elevadísimos personajes; vendieron en ella las señoras más encoquetadas, y sin embargo, todo ello leo en los periódicos que no ha producido arriba de unas veinte ó veinticinco mil pesetas. ¿Será este resultado, relativamente escaso, un síntoma de lo que al principio hice observar; de que, al multiplicarse las fiestas benéficas, cada una de ellas sufre el contragolpe y competencia de las otras?

* *

Los automóviles continúan haciendo de las suyas. Cada día la prensa nos refiere algún nuevo despachurramiento. Los hay para todos los gustos: por compresión, por proyección, por combustión, por estrellamiento y por precipitación. El uno se queda aplastado bajo la mole del «artilugio trepidante», como escribí yo, en frase que hizo fortuna; el otro pega el dulce salto de los diez metros, y va á caer, para mayor comodidad, sobre un blando lecho de guijarros; aquél es achicharrado por la gasolina; tal cual da contra un tronco; el de más allá descende á plomo, desde la altura de un tercer piso, al fondo de un barranco, donde le acoge en su seno un torrente... Y cada día se venden más autos, y cada día crece la afición á ese deporte, y no parece sino que todos somos millonarios ó que el automovilismo es un recreo al alcance de las exprimidas bolsas de la muchedumbre... Hasta los tenderos de ultramarinos se dedican á correr juergas en la Bombilla en automóvil, desdeñando la útil, pacífica y típica *manuela*, que ha reemplazado á la calesa y que no tiene los inconvenientes del artilugio, aunque quienes lo ocupen hayan rendido excesivo tributo á Baco y á Ceres y echado en olvido las prescripciones de Higiene. Creo que no puedo decirlo de un modo más recatado y mitológico.

De todo ello deduzco que el valor no disminuye en la raza, y que, como dijo anoche en el Ateneo, en una preciosa conferencia, el argentino D. Ricardo Rojas, hay un héroe dentro de cada hombre. Por lo menos, lo hay dentro de cada automovilista; de los que se ponen á guiar sin saber, de los que se confían á estos *chauffeurs* de ocasión, de los que dan velocidad y velocidad, y de los que tienen tanta prisa por llegar... á la catástrofe.

* *

Ha muerto Francisco Coppée. No le he contado nunca en el número de los sumos poetas; era un intimista agradable, y hasta conmovedor, cuyos poemas mejores me producían el efecto de ser crónicas de periódico rimadas artísticamente, descripciones bellas de París, el realismo sentimental de un espectador inteligente.

Para mi opinión, el poeta más grande entre los de esta última época fué Heredia. A su lado—no me atrevo á decir *después*—Leconte de Lisle. Coppée está un escalón más abajo. Explicar las razones porque le señalo este lugar, exigiría escribir un artículo artístico—y no se trata aquí de eso.

Como novelista, tampoco puedo otorgar un lugar preeminente á Coppée. No es injusticia decir que á su misma altura, en el terreno de la ficción novelesca, estarán unas dos ó tres docenas de compatriotas suyos y sus contemporáneos. Y su teatro no figura entre los que ha removido el terreno y abierto brecha.

Era un distinguidísimo literato, conocido en todo el mundo porque tuvo la fortuna de nacer en Francia—lo cual equivale á sacar un billete de favor para esto del renombre,—pero que, realmente, no deja gran vacío ni aun en la literatura de su país.

El nivel de esta literatura, sin embargo, va descendiendo: las filas clarean, los muy ilustres caen, los secundarios también... El campo se arrasa.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Mis lectores encontrarán al pie de esta crónica alguna variación en mi firma. No les extrañará, si se enteraron por la prensa de que me ha sido concedido por el rey un título nobiliario. Las consideraciones á que obedeció la concesión y que verdaderamente son honrosas y halagüeñas para mí, me obligan por ley de gratitud á alterar una firma que ya ostenta pátina. El caso es que hace muchos años tengo derecho al título de condesa palatina—creo que así se dice—heredado de mi padre, y que no lo uso, sencillamente por lo habituada que me encontraba á mi nombre literario, al cual está unida la obra de mi vida entera. Hoy llega el momento de usar otro título de Castilla, que en la regia intención debe perpetuar un apellido llamado á extinguirse por ser de mujer é hija única. Mi labor ha hecho conocido ese apellido, y el título lo transmitirá á mis descendientes. He aquí como estaba escrito en las estrellas que condesa había de ser, más tarde ó más temprano. Y vengo á serlo porque los altos poderes de mi patria estiman la literatura en función de *valor social*. ¿No es mejor que si la mirasen con indiferencia ó desdén? Cualquiera opinión que profesen los lectores acerca de estos asuntos, no les impedirá reconocer que no es un paso hacia atrás la deferencia y consideración manifestada á las letras, y á las letras cultivadas por una mujer. Por ser tan personal el asunto no insisto: mi objeto se concreta á explicar al público constante y benévolo de estas crónicas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el cambio en la firma del cronista.

* *

Las «diversiones benéficas» han sido al principio muy censuradas. Hasta la Iglesia las miraba con ceño. Se recordaba aquello de que la mano izquierda debe ignorar lo que da la derecha. Se decía que de lo malo nada bueno puede salir. Yo defendí tímidamente esta forma de atender á las apremiantes exigencias de la beneficencia contemporánea, que no es ciertamente forma perfecta, pero sí adecuada á nuestra imperfección. Lo mejor es enemigo de lo bueno, y es preciso conformarse con lo mediano... Desde la época á que me refiero, la opinión ha dejado de ser hostil á la que entonces se llamaba «caridad danzante;» la realidad se ha impuesto, y se ha tenido que